

Trabajo Práctico para el Despertar



Encaminándonos hacia la Muerte Mística

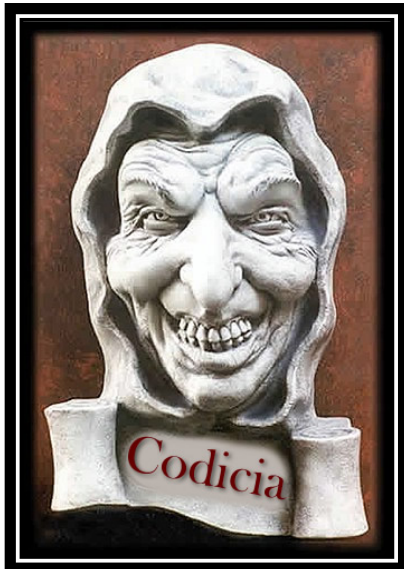
Semana 20

**Los Siete Pecados Capiales
La Codicia**

RESUMEN SEMANA 20:

Durante esta semana estudiaremos el ego de la Codicia.

Definición del ego de la Codicia:



La codicia es el ansia o la ambición de adquirir cosas tanto físicas, anímicas como espirituales, es un deseo obsesivo por obtener y amasar bienes y riquezas de todo tipo, ininterrumpidamente, pero sin una razón que lo justifique, y con el único fin de conseguir y tener más y más, pero sin existir realmente, ninguna verdadera necesidad para hacerlo.

El fondo de la codicia es maligno en sí mismo porque no persigue ni el bien común, ni el equilibrio social, ni la utilidad, sino la propia complacencia egoísta e ininteligente, una complacencia que jamás se termina de saciar, no importa cuánto se tenga.

Decimos que la codicia es **“ininteligente”**, porque no nos permite comprender que en la prosperidad de los demás está implícita la propia prosperidad, ni que en la abundancia repartida entre todos los seres humanos encontramos la paz social, y como resultado, el propio bienestar individual. La Enseñanza nos dice: **“El que da, recibe, y mientras más da, más recibe, pero al que nada da hasta lo poco que tiene le será quitado”**, porque las energías universales se inclinan por el equilibrio y la fluidez de los valores y los bienes, y no por el estancamiento y la acumulación.

Quien no sabe dar, tampoco sabe recibir, porque dado a que la codicia es muy egoísta, el mismo acto de recibir es leído como un compromiso con la persona que nos quiere dar algo, como si nosotros al recibir una ayuda o un regalo, estuviéramos actuando como un banco que recibe un depósito, el cual un día tendremos que devolver a su dueño. ¡Tal es el materialismo en la forma de pensar de la codicia!



La avaricia, por su lado, es un derivado o ramificación de la codicia, y se diferencia de esta en que, mientras la codicia es **“ansia de adquirir”**, la avaricia es **“ansia de acumular y atesorar lo adquirido”**.

También podemos decir que la codicia es un afán morboso por adquirir riquezas (*aunque no necesariamente ligado a acumularlas inútilmente*), mientras que la avaricia es el afán de guardar, acumular, y no compartir con nadie lo adquirido aún cuando las cosas acumuladas se pudran, malgasten, deterioren, o lleguen a ser inútiles por la acción y paso del tiempo.

Es una paradoja que la avaricia (*intentando no gastar nada a través del acaparamiento*), sea en realidad el peor despilfarrador que existe en todo el mundo, porque no hay peor derrochador que el avaro, y es que las cosas que acumula, no solo no permite que otras personas las utilicen, sino que él mismo tampoco las ocupa, lo que resulta ser un crimen contra el equilibrio de la naturaleza, y desgraciadamente, una forma muy práctica de hacer karma.

Codicia y avaricia son un nudo muy incómodo en el natural fluir de las energías de la vida. Este dañino nudo está atado en el corazón de cada uno de los seres humanos que vivimos en este cementerio de almas que llamamos mundo.



El poeta satírico romano Juvenal decía: **“Los demás hombres son dueños de su fortuna, mientras que el avaro es esclavo de la suya”**.



TAREAS PARA LA SEMANA 20:

Primera Tarea: Orar todos los días por 7 días a nuestra Bendita Madre Kundalini, rogándole nos permita ver y comprender el ego de la codicia.

Segunda Tarea: Leer y reflexionar el capítulo **“La Ambición”** del libro **“Educación Fundamental”**, capítulo que encontrarás al final de este PDF.

Tercera Tarea: Estudiaremos nuestra codicia hasta lograr forjarnos una idea clara sobre los aspectos de nuestra vida en donde este

agregado se manifiesta con más fuerza. Trabajaremos para lograr descubrir en qué somos egoístas, avaros, mezquinos o codiciosos.

Analizaremos los planes de vida que tenemos y su contenido, escudriñando qué esconden en su fondo, en qué estamos utilizando nuestro tiempo, recursos y energía, con la intención de descubrir si hay codicias ocultas tras ellos.

Observaremos nuestro verbo, en el cual siempre se reflejan los egos que cargamos en nuestra psiquis, buscando encontrar la codicia y sus ramificaciones.

En cuanto a los centros, nos preguntemos: **“¿En qué centros se está manifestando más mi codicia, en el emocional, el intelectual tal vez?”**, y tomemos nota de estos resultados para posteriores estudios.

Toda información recabada nos llevará al auto-conocimiento, y nos ayudará, finalmente, a librarnos de la legión de la codicia.

Cuarta Tarea: Al final de cada uno de los siete días, practicaremos **Mo Chao** con la intención de comprender los aspectos que se han manifestado en relación a la codicia, de la siguiente manera:

- 1** – Oramos a nuestra Bendita Madre Kundalini pidiéndole comprender el ego de la codicia, al inicio de la meditación.
- 2** – Hacemos el Mantram Ham Sah por unos 15 o 20 minutos.
- 3** – Relajamos profundamente el cuerpo físico y la mente.
- 4** – Tomamos conciencia de nosotros mismos y de nuestro estado interior del momento.
- 5** – Reconstruimos retrospectivamente cualquier manifestación de codicia o avaricia que hayamos vivido en este día, para conocernos mejor.
- 6** – Entramos en contemplación Mo Chao, sin involucrarnos ni identificarnos con nada.

¡Limpiando nuestra casa interior cada día más y más, haremos de nuestro corazón, un día, una morada lo suficientemente digna para que nuestro Dios Interno, nuestro Íntimo, Átman, pueda venir a vivir en ella! ¡Bendito sea quien encarne a su Íntimo! Que nuestro Padre-Madre nos lo permitan... ¡Así sea!

Y por supuesto, no podemos terminar sin repetirlo, sí..., recuérdalo siempre, porque es una gran verdad:

¡Si otras personas lo han logrado, tú también puedes lograrlo!

Educación Fundamental

La Ambición

La ambición tiene varias causas, y una de ellas es eso que se llama miedo.

El humilde muchacho que en los parques de las lujosas ciudades limpia el calzado de los orgullosos caballeros, podría convertirse en ladrón si llegase a sentir miedo a la pobreza, miedo a sí mismo, miedo a su futuro.

La humilde modista que trabaja en el fastuoso almacén del potentado, podría convertirse en ladrona o prostituta de la noche a la mañana si llegase a sentir miedo al futuro, miedo a la vida, miedo a la vejez, miedo a sí misma, etc., etc.

El elegante mesero del restaurante de lujo o gran hotel, podría convertirse en un gánster, en un asaltante de bancos o un ladrón muy fino, si por desgracia llegase a sentir miedo de sí mismo, de su humilde posición de mesero, de su propio porvenir, etc.

El insignificante insecto ambiciona ser elefante. El pobre empleado de mostrador que atiende a la clientela y que con paciencia nos muestra la corbata, la camisa, los zapatos, haciendo muchas reverencias y sonriendo con fingida mansedumbre, ambiciona algo más porque tiene miedo, mucho miedo, miedo a la miseria, miedo a un futuro sombrío, miedo a la vejez, etc.

La ambición es polifacética. La ambición tiene cara de santo y cara de diablo, cara de hombre y cara de mujer, cara de interés y cara de desinterés, cara de virtuoso y cara de pecador.

Existe ambición en aquel que quiere casarse y en aquel viejo solterón empedernido que aborrece el matrimonio.

Existe ambición en aquel que desea con locura infinita ser alguien, figurar, trepar y existe ambición en aquel que se hace anacoreta, que no desea nada de este mundo porque su única ambición es alcanzar el cielo, liberarse, etc.

Existen ambiciones terrenales y ambiciones espirituales. A veces la ambición usa la máscara del desinterés y del sacrificio.

Quien no ambiciona este mundo ruin y miserable, ambiciona el otro; y quien no ambiciona dinero, ambiciona poderes psíquicos.

Al yo, al mí mismo, al sí mismo, le encanta esconder la ambición, meterla en los recovecos más secretos de la mente, y dice luego: “Yo no ambiciono nada, yo amo a mis semejantes, yo trabajo desinteresadamente por el bien de todos los demás seres humanos”.

El político zorro y que se las sabe todas, asombra a veces a las multitudes con sus obras aparentemente desinteresadas, más cuando abandona el empleo, es apenas normal que salga de su país con unos cuantos millones de dólares.

La ambición disfrazada con la máscara del desinterés suele engañar a las gentes más astutas.

Existen en el mundo muchas gentes que sólo ambicionan no ser ambiciosos.

Son muchas las gentes que renuncian a todas las pompas y vanidades del mundo porque sólo ambicionan su propia auto-perfección íntima.

El penitente que camina de rodillas hasta el templo y que se flagela lleno de fe, no ambiciona aparentemente nada y hasta se da el lujo de dar sin quitar a nadie, pero es claro que ambiciona el milagro, la curación, la salud para sí mismo o algún familiar, o bien la salvación eterna.

Nosotros admiramos a los hombres verdaderamente religiosos, pero lamentamos que no amen a su religión con todo desinterés.

Las santas religiones, las sublimes sectas, órdenes, sociedades espirituales, etc., merecen nuestro amor desinteresado.

Es muy raro encontrar en este mundo alguna persona que ame su religión, su escuela, su secta, etc., desinteresadamente. Eso es lamentable.

Todo el mundo está lleno de ambiciones. Hitler se lanzó a la guerra por ambición.

Todas las guerras tienen su origen en el miedo y la ambición.

Todos los problemas más grandes de la vida tienen su origen en la ambición.

Todo el mundo vive en lucha contra todo el mundo debido a la ambición, unos contra otros y todos contra todos.

Toda persona en la vida ambiciona ser algo, las personas de cierta edad, maestros, padres de familia, tutores, etc., estimulan a los niños, a las niñas, a las señoritas, a los jóvenes, etc., a seguir por el camino horrendo de la ambición.

Los mayores le dicen a los alumnos y alumnas: “Tienes que ser algo en la vida, volverte rico, casarte con gente millonaria, ser poderoso”, etc., etc.

Las generaciones viejas, horribles, feas, anticuadas, quieren que las nuevas generaciones sean también ambiciosas, feas y horribles como ellas.

Lo más grave de todo esto, es que la gente nueva se deja marear y también se deja conducir por ese camino horrible de la ambición.

Los maestros y maestras deben enseñar a los alumnos y alumnas que ningún trabajo honrado merece desprecio, es absurdo mirar con desprecio al chofer de taxi, al empleado del mostrador, al campesino, al limpiador de calzado, etc.

Todo trabajo humilde es bello. Todo trabajo humilde es necesario en la vida social. No todos nacimos para ingenieros, gobernadores, presidentes, doctores, abogados, etc.

En el conglomerado social se necesitan todos los trabajos, todos los oficios; ningún trabajo honrado puede jamás ser despreciable.

En la vida práctica cada ser humano sirve para algo, y lo importante es saber para qué sirve cada cual.

Es deber de los maestros y maestras descubrir la vocación de cada estudiante y orientarle en ese sentido.

Aquel que trabaje en la vida de acuerdo con su vocación, trabajará con amor verdadero y sin ambición.

El amor debe reemplazar a la ambición. La vocación es aquello que realmente nos gusta, aquella profesión que con alegría desempeñamos porque es lo que nos agrada, lo que amamos.

En la vida moderna por desgracia, las gentes trabajan a disgusto y por ambición, porque ejercen trabajos que no coinciden con su vocación.

Cuando uno trabaja en lo que le gusta, en su vocación verdadera, lo hace con amor porque ama su vocación, porque sus aptitudes para la vida son precisamente las de su vocación.

Ese precisamente es el trabajo de los maestros: saber orientar a los alumnos y alumnas, descubrir sus aptitudes y orientarles por el camino de su auténtica vocación.